

23

# NOSFERATU

REVISTA DE CINE



¿Habéis  
sido  
buenas?

Malas  
en el cine

La revista *Nosferatu* nace en octubre de 1989 en San Sebastián. Donostia Kultura (Patronato Municipal de Cultura) comienza a organizar en 1988 unos ciclos de cine en el Teatro Principal de la ciudad, y decide publicar con cada uno de ellos una revista monográfica que complete la programación cinematográfica. Dicha revista aún no tenía nombre, pero los ciclos, una vez adquirieron una periodicidad fija, comenzaron a agruparse bajo la denominación de "Programación Nosferatu", sin duda debido a que la primera retrospectiva estuvo dedicada al Expresionismo alemán. El primer número de *Nosferatu* sale a la calle en octubre de 1989: "Alfred Hitchcock en Inglaterra". Comienzan a aparecer tres números cada año, siempre acompañando los ciclos correspondientes, lo que hizo que también cambiara la periodicidad a veces. En junio de 2007 se publica el último número de *Nosferatu*, dedicado al Nuevo Cine Coreano. En ese momento la revista desaparece y se transforma en una colección de libros con el mismo espíritu de ensayos colectivos de cine, pero cambiando el formato. Actualmente la periodicidad de estos libros es anual.

King Kong

## El rapto de la bestia

*Fernando Savater*

**E**l sabio Spinoza razonó que no existen el Mal y el Bien en términos absolutos, sólo lo malo y lo bueno según cada cual. ¿Qué es, entonces, lo malo? Aquello que le sienta a uno mal. Las setas venenosas, por ejemplo, no son malas en sí mismas, pero las llamamos así porque pueden causar trastornos y hasta la muerte a quien las come. Para el que no pretende comérselas, son unas setas tan “buenas” como todas las demás. Cómo no recordar a este respecto, ya que estamos en una revista para cinéfilos, la lección de micología ética que les da Fernando Fernán-Gómez a las niñas en **El espíritu de la colmena** (1973).

Y entonces, ¿por qué son “malas” las mujeres malas, a las que no hay que confundir con las malas mujeres, las cuales sólo son malas porque no pueden ser otra cosa? Pues son malas porque sientan mal. ¿A quién? Al que las quiere. Para el que no las quiere, las mujeres malas son tan buenas, regulares o indiferentes como cualesquiera otras. Pero, ¡ay de quien las quiere! A ése se le indigestarán y hasta pueden llegar a resultarle fatales. Ellas no tienen la culpa, claro está: son inocentes y letales, como las setas venenosas que se ofrecen en los bosques del Señor. ¡No tocar, no llevárselas a la boca, no besar, no acariciar! La culpa, si es que donde hay dolor siempre debe haber alguna culpa, será del que las quiso, del enamorado. Y no es que este buen hombre opere entre tinieblas, sin vislumbrar lo que le espera: todo lo contrario. La mujer le sienta mal porque la quiere, pero él, aquí está la gracia, la quiere porque “sabe” que le sienta mal. Al final de **Los tres mosqueteros** (*Three Musketeers*, 1948), cuando *Milady* de Winter (Lana Turner)

ve acercarse el hacha del verdugo, intenta conmover a su traicionado marido Athos (Van Heflin) recordándole que un día la quiso: *"Sí te he querido"* —responde el mosquetero—. *"Te he amado como he amado la guerra, como he amado el vino, como he amado todo lo que me ha hecho daño"*. Amar para algunos (¿para todo el que ama de veras, quizá?) significa que uno ha decidido no poder vivir sin aquello que más le duele.

Para no andarnos por las ramas tomemos el ejemplo de King Kong, el mono que por razones de peso más dificultades tuvo siempre para subirse a los árboles. El rey de los gorilas vivía respetado y temido en su isla, como un auténtico pachá. No padecía carestía de doncellas: en lugar de tener una novia en cada puerto, como ciertos marinos salaces de la mar salada, él mismo se había convertido en el puerto final de las más exquisitas novias de la tribu que le veneraba. Todas morenas, ay. Como bien observó alguien, en aquella isla no abundaban mucho las rubias... hasta que llegó Fay Wray. La verdad es que no abundaron ni siquiera cuando llegó Fay Wray, porque entonces la única rubia de los alrededores fue ella. Pero para King Kong eso resultó suficiente: se le inauguraba un mundo nuevo, el paraíso imposible del deseo de lo insólito que luego siempre se convierte en infierno de lo inasequible. Puede que inasequible, debió decirse el animoso Kong, y sin embargo también yo soy inasequible al desaliento.



King Kong

Pero, ¿por qué una rubia resultó tan infinitamente preferible a las infinitas morenas de la ofrenda anual (o mensual: ignoro la frecuencia del débito conyugal de Kong, pero le supondremos sometido a la luna llena del mes, hasta el punto de que sus novias, al verse arrastradas al poste del sacrificio, se lo explicaban a sí mismas diciendo “estoy con la *monstruación*”)? Tranquilizaban a los irritables vigilantes de lo políticamente correcto: King Kong no era racista. Para él todas las mujeres pertenecían a la misma raza, y esa raza era la raza de lo que le gustaba, precisamente porque no era la suya. Pero como a todo buen salvaje, diga lo que diga el moralista Rousseau, a Kong le apetecía lo nunca visto ni palpado, lo exótico, lo inédito. Si hubiese vivido en Escandinavia, se habría ido detrás de la única negraza que rompiera la monotonía blonda del paisaje. En los anuncios eróticos de los periódicos suelen ofrecerse jugosas compañías cuyo atractivo es regional: “¡gallega cachonda!”, “asturiana madurita”, etc. Según parece se dirigen a nostálgicos que más que mal de amores padecen el mal de su país. Pues bien, nuestro Kong nunca hubiera picado. Leería “go-

mila sumisa" y diría "para otro"; "¿morena ardiente?", de eso ya tengo; pero si se le ofrece una rubia... a esa llamada desde su selva no podía dejar de responder.



King Kong

¡Pobre Kong, mi semejante, mi hermano! Creyó que la preciosa novedad era para él y que era para siempre. Probablemente incluso estaba dispuesto a convertirse en un mono monógamo; no monógamo sucesivo, como había sido hasta entonces, sino monógamo definitivo y monoteísta de una nueva divinidad por la que estaba dispuesto gustosamente a renunciar a la suya. Creyó que para conservar a una rubia bastaban los mismos ejercicios atléticos que con tanto éxito utilizaba para apropiarse de sus morenas: ajusticiar a un tiranosaurio, estrangular a una serpiente gigante o aporrear conienzudamente a un pterodáctilo. Simples pero insuficientes monerías. Las rubias vienen de lejos y las carga el diablo. ¡Con qué dulce torpeza de su enorme índi-

ce fálico la fue desnudando en su mano, como quien va pelando una cebolla que pronto te hará llorar! Y ella mientras gritaba, gritaba irresistiblemente la muy mala, para ponerle aún más a punto. En el disparadero.

Tras la dama perdida, perdida desde que la vio porque el que estaba perdido era él, King Kong viajó drogado y cubierto de cadenas —¿podía ser de otro modo?— hacia la otra jungla, la del asfalto, donde ya no le correspondía ser el rey. Sólo viajó una vez en su vida pero hizo el único viaje que cuenta: no el del turista ni el del explorador, sino el que tiene como meta reunirnos con lo que amamos. De ese viaje no suele volverse, pero eso es lo que menos importa. Frente a la multitud de mirones que rugía, él también rugió su deseo inmenso y rompió sus cadenas: para que ella, sin cadenas de otros, le encadenase mejor... Hizo descarrilar los trenes de cercanías que transitan de la rutina al hastío, fracturó las ventanas tras las que se esconde lo que más nos tienta, desafió a los aviones asesinos y todo lo hizo con brío y sin queja, como los machos que no pueden ganar. Por fin allá arriba descubrió que ningún rascacielos, por alto que sea, llega hasta el cielo: sólo se sube a ellos para que la caída sea aún más dura, más solitaria. Entonces la dejó delicadamente en lugar seguro y la miró por última vez, como si la viera por primera vez. Tan rubia, tan chiquitina, tan mala, tan de todos los demás. Fue su único suspiro: ¡ay de mi Fay! Después, la guerra desigual y la muerte que todo lo iguala. Al final de su ensayo *El mito de Sísifo*, Albert Camus asegura que debemos imaginarnos a Sísifo feliz en su condena eterna. También yo imagino feliz a King Kong mientras caía desde el Empire State porque esos malvados amores que matan son los únicos que hacen de veras vivir.



Stromboli

## Más que mala

*Félix de Azúa*

**E**n uno de los momentos inolvidables de la *Biblia en verso* dice el poeta: "Con maquillaje espeso y traje de tertulia / salió Judit del pueblo de Betulia". La tertulia a la que se dirigía es una de las más célebres de la cultura cristiana y ha representado un ejemplo a imitar para los fieles de la Iglesia católica. En su *Diccionario de la Biblia*, el Dr. Herbert Haag, con *nihil obstat* del censor don Salvador Muñoz Iglesias e "imprímase" del obispo auxiliar y vicario general José María, escribe: "No cabe la menor duda de la buena intención de Judit. Y sólo desde este punto de vista la ensalzan los santos padres como ejemplo de pureza, de fortaleza y de confianza en Dios".



La hazaña de este ejemplo de pureza tuvo lugar, seguramente, en el siglo V antes de Jesucristo. En aquella época los ejércitos asirios guiados por Holofernes salieron de expedición para sujetar a todos los pueblos de la tierra, y así habría sido de no haber topado con el pueblo de Betulia en donde residía la bella Judit, viuda de Manases, muerto de insolación durante la cosecha. Viendo a Betulia condenada a morir de sed y hambre, tomó Judit una decisión admirable. Se acicaló hasta convertirse en la más bella mujer del mundo, tomó unas alforjas, las llenó de vino, aceite, pan, queso, higos, y se encaminó al campamento de Holofernes.

**Stromboli**

Detenida por los centinelas, les dijo que huía de un pueblo condenado, con la intención de unirse a los vencedores, entregarse a Holofernes y revelarle todos los secretos de los hebreos. Llevada a su presencia resultó tan se-

ductora y convincente que Holofernes la invitó a cenar. Mucho bebió el general aquella noche porque cuando sus criados se retiraron, cayó dormido como un tronco. Y como un tronco quedó cuando Judit le cortó la cabeza de dos tajos, la envolvió en una cortina y se la llevó de regreso a Betsulia. Los ejércitos asirios fueron desde luego dispersados por el espanto, la vergüenza y el brazo de Dios.

La historia de Judit, como la de Salomé, Dalila, Rut o Ester, son modelos de empleo del sexo con fines estratégicos, sea para acabar con un enemigo, sea para adquirir ventajas materiales o para proteger a la estirpe. Resulta sumamente curioso que el cristianismo tenga a tales personajes (con la excepción de Salomé, que era una niña) por heroicos, al tiempo que no se les escapa su maldad intrínseca. La fascinación que ejercen estas "mujeres fuertes" nace de la estupidez que suponen en el varón, el cual es capaz de perderlo todo con tal de fornicar como un mandril.

Dada la habitual supremacía social masculina y la petulancia inevitable de los fuertes, la superioridad de algunas mujeres sobre machos agresivos e imbéciles sólo puede manifestarse mediante un uso inteligente de la sexualidad. Lo cual, como es lógico, desconcierta a sus oponentes hasta el punto de hacerles perder (literalmente) la cabeza. El hombre fuerte y fatuo cree que su placer es suyo y que todos se apresuran a complacerle porque es fuerte y se merece ese placer. En realidad sus esbirros le complacen porque es un petulante fácil de complacer. Es una ley que en política se comprueba con cada legislatura. El caudillo acaba derribado por su fatuidad.

En **Stromboli** (*Stromboli, terra di Dio*, 1949) comienza Ingrid Bergman su peripecia en una situación similar a la de Judit: como ella, también Ingrid pertenece a un pueblo condenado, se encuentra rodeada de poderosos enemigos, sin documentos y presa en un campo de concentración acusada de colaboración con los nazis. Pero es bella e inteligente. Durante la primera parte de la película urde su plan

de seducción, elige a la víctima (un soldado italiano), se instala con ella en el campamento enemigo (la isla de Stromboli) y procede a cortarle la cabeza.

El tiempo transcurrido desde las guerras asirias hace que Ingrid ya no tenga que cortarle nada concreto al siciliano. Basta con destruir su dignidad marital y su imagen de macho latino, lo que consigue con una inocencia envidiable. No contaba, sin embargo, con que al destruir la virilidad de su marido éste se iba a convertir en otro campo de concentración, ya que en un intento desesperado por mostrar su superioridad, el marido clava puertas y ventanas de la casa.

En una escena anterior, cuando Ingrid, en plena campaña de castración, trató de seducir al cura del lugarejo, ya se había encontrado con un problema inesperado: el sacerdote no podía ser castrado porque su estado es el de permanente castración. El asustado clérigo había retrocedido, conminándola a ser humilde: "*¡Humíllate, hija mía!*", le había espetado antes de escapar. Y ése es el punto: Ingrid, como Don Juan, no puede humillarse porque desconoce el significado de la palabra "humildad". Su víctima consecutiva, el farero, hombre solitario y adscrito a la tarea de iluminar al prójimo (un filósofo o cura secularizado), cae seducido sin el menor problema y promete ayudarla a escapar del marido concentracionario.

Llegados a este punto, Ingrid ha ascendido tres escalones: su marido castrado, el cura sin posible castración y el farero como castrado futurible. Con los tres ha utilizado el resorte sexual, único discurso permitido a las mujeres en una sociedad que les niega cualquier otro tipo de lenguaje. Ahora, si todo siguiera como en los tiempos bíblicos, Judit regresaría a Betulia e Ingrid volaría a Buenos Aires. Ninguna de las dos habría conocido la humildad. Ambas habrían humillado a los machos petulantes, sin aprender, ellas mismas, la humillación. Ése es el momento elegido por Rossellini para retorcer el cuello a la historia.

En su huida, Ingrid se ve envuelta por los vapores y solfataras de una de esas grandes fuerzas terrestres que nos permiten atisbar el corazón ígneo del mundo. El volcán Stromboli pone ante sus ojos el incomprensible fundamento del mundo, una fuerza colosal e inútil que revienta la corteza pétreo para expulsar una lava estéril. Ante ese monstruo inmenso, el brillo de la inteligencia, la lumbre del ingenio, la habilidad estratégica aparecen como bobadas infantiles. Ingrid, discípula de Kant, ha descubierto que lo sublime es el camino correcto hacia la moral superior, una sabiduría que convierte a la inteligencia calculadora e instrumental en un juego de niños petulantes.



Stromboli

Aplastada por la potencia de la tierra, una de cuyas chispas ha fructificado en su propio vientre, Ingrid mira el firmamento, se duerme, despierta, exclama "*¡qué belleza!*", se levanta y pide a Dios que le dé fuerza, comprensión y valor para regresar al campo de concentración. Lo pide en este orden: fuerza (nadie duda de que la tenga), comprensión (carece de ella y la necesita) y valor, pero no para escapar a Buenos Aires (eso lo hace cualquier nietzscheano, o

sea, todo el mundo), sino para aceptar su condena (reservado para kafkianos).

Rossellini le está pidiendo a Alemania que asuma humildemente su derrota, pero si Ingrid era mala mientras utilizó su sexualidad con fines económico-políticos, ahora que gracias a lo sublime ha descubierto la potencia de la humildad, se va a convertir en un ser diabólico y ya está preparada para introducir la modernidad en **Stromboli**. Nuestra única esperanza es que se despeñe en el viaje de regreso.



Matahari

## Greta Garbo

*La mujer que llegó del frío*

*Román Cubero*

**N**inguna actriz ha encarnado públicamente de modo tan acabado el misterio de una personalidad superior, inaccesible y hermética como Greta Garbo, con una inaccesibilidad que la hacía por otra parte más deseada. Con su enigmática máscara de mujer hermosa pero inaccesible e impenetrable (¿en el doble sentido de la palabra?), Greta Garbo fue repetidamente comparada con la Efigie y su divisa pública fue *"I want to be alone"*. Era una mujer que llegaba de la fría Escandinavia, la cuna de la vampiresa cinematográfica, y quería preservar su independencia y su mo-

do de vida. En 1936 era la mujer mejor pagada de Estados Unidos y la más famosa y publicitada (aunque sin ningún Oscar, como Chaplin), pero seguía defendiendo de modo militante su privacidad y su autonomía sentimental.



El demonio y la carne

En el origen del controvertido comportamiento sexual de Greta Garbo hay que situar su especialísima relación con su descubridor, con el realizador *dandy* y homosexual Mauritz Stiller, quien le dio su famoso seudónimo español. Como a Stiller las mujeres le interesaban únicamente desde el punto de vista estético, las cincelaba como sus Galateas y las divinizaba en sus representaciones públicas. Lo hizo con varias actrices suecas antes de arrancar a Greta Gustavsson de su mediocre anonimato en unos almacenes de Estocolmo y moldearla de acuerdo con sus sueños. Existió entre ambos una fuerte fascinación personal y años después de